



**CORMAC
McCARTHY**

**Todos los
hermosos
caballos**

Ambientada en 1949 en las tierras fronterizas entre Texas y México, la historia se centra en el personaje de John Grady Cole, un muchacho de dieciséis años, hijo de padres separados, que tras la muerte de su abuelo decide huir a México en compañía de su amigo Lacey para encontrarse con un mundo marcado por la dureza y la violencia. Una novela de aprendizaje con resonancias épicas que inaugura un paisaje moral y físico que nos remite a la última epopeya de nuestro tiempo. Un estilo seco para una historia de emociones fuertes, ásperas, primigenias.

I

La llama de la vela y la imagen de la llama de la vela reflejada en el espejo de cuerpo entero se retorció y enderezó cuando el hombre entró en el vestíbulo y cerró la puerta. Se quitó el sombrero y avanzó lentamente. Las tablas del suelo crujían bajo sus botas. Se detuvo, vestido de luto, ante el espejo oscuro donde los lirios se inclinaban, pálidos, en el curvilíneo florero de cristal tallado. A lo largo del frío pasillo que tenía a sus espaldas colgaban los retratos de antepasados vagamente conocidos por él, todos enmarcados en cristal y débilmente iluminados sobre el estrecho revestimiento de madera. Bajó la mirada hacia el estriado resto de vela. Apretó la yema del pulgar contra la cera caliente encharcada sobre la chapa de roble. Por último miró aquel rostro hundido y contraído entre los pliegues de la mortaja funeraria, el bigote amarillento, los párpados finos como el papel. Aquello no era dormir. Aquello no era dormir.

Fuera había oscuridad, frío y nada de viento. En la distancia gritaba un ternero. Permaneció con el sombrero en

la mano. Nunca en la vida te peinaste el pelo de esta manera, dijo.

Dentro de la casa no había otro sonido que el tictac del reloj en la repisa de la chimenea del salón. Salió y cerró la puerta.

Oscuro, frío, sin viento y un delgado arrecife gris insinuándose en el borde oriental del mundo. Salió a la pradera y se quedó con el sombrero en la mano como suplicando a la oscuridad que los envolvía a todos, y así permaneció durante mucho rato.

Cuando se volvió para irse oyó el tren. Se detuvo y lo esperó. Podía sentirlo bajo sus pies. Venía taladrando del este como un procaz satélite del sol naciente, dando alaridos y bramando en la distancia, y la larga luz del faro delantero atravesaba los enmarañados sotos de mezquite, creando a partir de la noche la línea interminable del recto y monótono derecho de paso y succionándola de nuevo con cables y postes kilómetro tras kilómetro hacia la oscuridad, hasta que el humo de la caldera se dispersó lentamente por el tenue horizonte nuevo y el sonido se fue rezagando mientras él seguía con el sombrero en la mano, sintiendo el debilitado estremecimiento de la tierra, mirando el tren hasta que desapareció. Entonces dio media vuelta y volvió a la casa.

Ella levantó la vista de los fogones cuando él entró y le miró de arriba abajo. *Buenos días, guapo*^[1] dijo.

Colgó el sombrero del perchero junto a la puerta, entre chubasqueros, zamarras y piezas sueltas de arneses, fue hacia los fogones, recibió su café y se lo llevó a la mesa. Ella abrió el horno y sacó una placa de panecillos dulces que acababa de hacer, puso uno en un plato y lo colocó frente a él junto con un cuchillo para la mantequilla. Le tocó la nuca con la mano antes de volver a la cocina.

Te agradezco que encendieras la vela, dijo él.

¿Cómo?

La candela. La vela.

No fui yo, dijo ella.

¿La señora?

Claro.

¿Ya se levantó?

Antes que yo.

Bebió el café. Fuera la luz empezaba a ser granulada y Arturo ya subía hacia la casa.

Vio a su padre en el funeral. Solo en el pequeño sendero de grava junto a la cerca. Salió una vez a la calle hacia su coche. Luego volvió. A media mañana había empezado a soplar viento del norte y en el aire había salivazos de nieve y polvo flotante; las mujeres, sentadas, se agarraban los sombreros. Habían puesto un toldo sobre la tumba pero el viento soplaba de lado y no servía de nada. La lona batía y aleteaba y las palabras del predicador se perdían en el viento. Cuando terminó y la comitiva se levantó para irse, las sillas de lona que habían ocupado salieron disparadas, dando tumbos entre las lápidas.

Al atardecer ensilló su caballo y se alejó de la casa cabalgando hacia el oeste. El viento había amainado bastante y hacía mucho frío y el sol estaba rojo sangre y elíptico bajo los arrecifes de nubes rojas que tenía frente a él. Cabalgaba hacia donde siempre elegiría cabalgar, allí donde la bifurcación occidental del viejo camino comanche bajaba de la tierra kiowa en el norte y cruzaba la parte más occidental del rancho y podía verse su débil rastro hacia el sur, sobre la baja pradera que se extendía entre las confluencias norte y mediana del río Concho. En la hora que siempre elegiría cuando las sombras eran largas y el antiguo camino se perfilaba ante él a la luz rosa y oblicua como un sueño del pasado en el que los ponies pintos y los jinetes de aquella nación perdida descendían del norte con las caras enyesadas y los largos cabellos trenzados y cada uno armado para la guerra que era su vida, y las mujeres y los niños y las muje-

res con niños al pecho hacían todas promesas con sangre redimibles sólo con sangre. Cuando el viento estaba en el norte se podía oír a los caballos y el aliento de los caballos y los cascos de los caballos con herradura de cuero sin curtir y el ruido de lanzas y el arrastre constante de las narrias por la arena como el paso de una enorme serpiente y los muchachos desnudos a lomos de caballos salvajes, gallardos como jinetes de circo, y caballos salvajes arreando ante ellos y los perros corriendo con la lengua fuera y esclavos a pie siguiendo medio desnudos y dolorosamente cargados y sobre todo la queda salmodia de su canción viajera que los jinetes entonaban mientras cabalgaban, nación y fantasma de nación pasando en una coral suave a través de aquel desierto mineral hacia la oscuridad perdida para toda la historia y todo el recuerdo como un grial, la suma de sus vidas seculares, transitorias y violentas.

Cabalgaba con el sol cubriendo de cobre su cara y el viento rojo soplando del oeste. Torció hacia el sur por la vieja senda de guerra y cabalgó hasta la cresta de una pequeña elevación donde desmontó y soltó las riendas y caminó y se detuvo como un hombre llegado al final de algo.

Había un viejo cráneo de caballo en los matorrales. Se agachó y lo cogió y le dio vueltas entre las manos. Frágil y quebradizo. Blanco como el papel. Se quedó en cuclillas bajo la luz alargada, con el cráneo de dientes de cómic sueltos en los alvéolos. Las junturas como una soldadura dentada de los huesos. Sintió el ahogado fluir de arena en el cráneo cuando le dio la vuelta.

Lo que amaba en los caballos era lo que amaba en los hombres, la sangre y el calor de la sangre que los recorría. Toda su reverencia y todo su afecto y todas las tendencias de su vida se inclinaban hacia los ardientes de corazón, siempre sería así y nunca de otro modo.

Regresó en la oscuridad. El caballo aceleró el paso. La última luz del día se retiraba lentamente sobre la llanura a sus espaldas y desaparecía de nuevo en los bordes del

mundo en un refrescante azul de sombra y crepúsculo y frío y los últimos gorjeos de pájaros secuestrados en los matorrales oscuros y resistentes. Volvió a cruzar la vieja senda y tuvo que llevar el poni hacia la llanura en dirección a casa, pero los guerreros seguirían cabalgando en aquella oscuridad en que se habían convertido, pasando con estrépito con sus herramientas bélicas de la edad de piedra carentes de toda sustancia y cantando suavemente en sangre y nostalgia hacia el sur y a través de las praderas hacia México.

La casa se había construido en mil ochocientos setenta y dos. Setenta y siete años después su abuelo era el primer hombre que moría en ella. Si otros habían estado de cuerpo presente en aquel vestíbulo, los habían llevado allí sobre una barrera o envueltos en una sábana de vagón o embalado dentro de una caja de basta madera de pino con un carretero en la puerta provisto de una carta de porte. Eso los que habían venido. Porque la mayor parte había muerto según un rumor. Un amarillento recorte de periódico. Una carta. Un telegrama. El rancho original tenía dos mil trescientos acres del viejo apeo Meusebach de la concesión Fisher-Miller y la casa original era un cobertizo de una sola habitación hecho con palos y juncos. Fue en mil ochocientos sesenta y seis. Aquel mismo año se trajo el primer ganado a través de lo que todavía era condado Bexar y atravesando la parte norte del rancho hasta Fort Sumner y Denver. Cinco años después su bisabuelo envió seiscientas reses por la misma senda y con el dinero construyó la casa y para entonces el rancho ya tenía dieciocho mil acres. En mil ochocientos ochenta y tres levantaron la primera alambra. En el ochenta y seis los búfalos desaparecieron. Aquel mismo invierno hubo una gran mortandad. En el ochenta y nueve Fort Concho fue abandonado.

Su abuelo era el mayor de ocho chicos y el único que vivió más de veinticinco años. Se ahogaron, les dispararon,

les cocearon caballos. Perecieron en incendios. Sólo parecía darles miedo morir en la cama. Mataron a los dos últimos en Puerto Rico en mil ochocientos noventa y ocho y aquel año se casó y llevó a su novia al rancho y debió de salir a contemplar sus posesiones y reflexionar largo rato sobre los designios de Dios y las leyes de la primogenitura. Doce años más tarde, cuando su esposa murió en la epidemia de gripe, aún no tenían hijos. Un año después se casó con la hermana mayor de su difunta esposa y al año siguiente nació la madre del muchacho y ya no hubo más nacimientos. El nombre de Grady fue enterrado con aquel anciano el día en que el viento del norte arrastró las sillas del prado por la hierba muerta del cementerio. El nombre del muchacho era Cole. John Grady Cole.

Encontró a su padre en el vestíbulo del St. Angelus y caminaron por Chadbourne Street hasta el café Eagle donde se sentaron en unos bancos del fondo. Algunas personas de las mesas dejaron de hablar cuando ellos entraron. Varios hombres saludaron a su padre y uno le llamó por su nombre.

La camarera llamaba muñeco a todo el mundo. Apuntó su pedido y coqueteó con él. Su padre sacó sus cigarrillos, encendió uno, dejó el paquete sobre la mesa, puso encima su encendedor Zippo del Tercero de Infantería, se apoyó en el respaldo, fumó y le miró. Le dijo que su tío Ed Alison había ido al encuentro del sacerdote después del funeral y estrechado su mano mientras ambos mantenían agarrados sus sombreros y se inclinaban treinta grados a favor del viento como cómicos de vodevil y la lona batía y se agitaba a su alrededor y los asistentes al funeral corrían por el terreno en pos de las sillas del prado, e inclinado hacia la cara del predicador le gritó que era bueno haber celebrado el entierro aquella mañana porque si las cosas seguían igual

aquello podía convertirse en un auténtico vendaval antes de que terminase el día.

Su padre rió en silencio. Entonces empezó a toser. Bebió un sorbo de agua y siguió fumando y meneando la cabeza.

Me dijo un compañero al volver del territorio vecino que una vez había dejado de soplar allí arriba y todos los polluelos se cayeron.

La camarera les llevó el café. Aquí tienes, muñeco, dijo. Tendré listo todo lo que habéis pedido en un minuto.

Ella se ha ido a San Antonio, dijo el muchacho.

No la llames ella.

Mamá.

Lo sé.

Bebieron el café.

¿Qué piensas hacer?

¿Acerca de qué?

Acerca de todo.

Puede ir a donde quiera.

El muchacho le observó. No te conviene fumar esas cosas, dijo.

Su padre frunció los labios, tamborileó los dedos sobre la mesa y levantó la vista. Cuando venga a preguntarte lo que debo hacer sabrás que eres lo bastante mayor para decírmelo, dijo.

Sí señor.

¿Necesitas dinero? No.

Observó al muchacho. Te las compondrás, dijo.

La camarera les llevó la cena, gruesos platos de porcelana con bistec y salsa, patatas y judías.

Traeré pan para los dos.

Su padre se metió la punta de la servilleta dentro de la camisa.

No estaba preocupado por mí, dijo el muchacho. ¿Puedo decir esto?

Su padre cogió el cuchillo y cortó un trozo de bistec. Sí, puedes decirlo.

La camarera llevó el cesto de panecillos, lo puso sobre la mesa y se retiró. Comieron. Su padre no comió mucho. Al cabo de un rato apartó el plato con el pulgar, alargó la mano, cogió otro cigarrillo, le dio unos golpecitos contra el encendedor, se lo puso en la boca y lo encendió.

Puedes decir todo lo que piensas. Diablos. Puedes darme la lata sobre lo de fumar si quieres.

El muchacho no contestó.

Sabes que no es lo que quería, ¿verdad?

Sí, lo sé.

¿Aún estás buscando a Rosco?

Todavía no ha sido montado.

¿Por qué no vamos el domingo?

Muy bien.

No estás obligado a ir si tienes otra cosa que hacer.

No tengo nada más que hacer.

Su padre fumaba, observándole.

No tienes que ir si no quieres, dijo.

Quiero ir.

¿Podéis cargar tú y Arturo y recogerme en la ciudad?

Claro.

¿A qué hora?

¿A qué hora te levantarás?

Me levantaré.

Estaremos allí a las ocho.

Me habré levantado.

El muchacho asintió. Comió. Su padre miró a su alrededor. Me pregunto a quién has de ver en este lugar para que te den café, dijo.

Él y Rawlins habían desensillado y soltado los caballos en la oscuridad y ahora yacían sobre las mantas, usando las sillas como almohadas. La noche era fría y clara y las chispas que

saltaban del fuego corrían calientes y rojas entre las estrellas. Podían oír los camiones de la carretera y podían ver las luces de la ciudad reflejadas por el desierto a veinticinco kilómetros al norte.

¿Qué te propones hacer?, preguntó Rawlins.

No sé. Nada.

No sé qué esperas. Es dos años mayor que tú. Tiene su propio coche y todo lo demás.

No es nadie. Nunca lo fue.

¿Qué dijo ella?

No dijo nada. ¿Qué iba a decir? No hay nada que decir.

Bueno, no sé qué esperas.

No espero nada.

¿Irás el sábado?

No.

Rawlins se sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa, se incorporó, cogió un carbón del fuego y encendió el cigarrillo. Fumó sentado. Yo no me dejaría engañar por ella, dijo.

Sacudió la ceniza del cigarrillo contra el tacón de su bota.

No lo merece. Ninguna lo merece.

No contestó durante un rato. Luego dijo: Sí que lo merecen.

Cuando volvió almohazó el caballo, lo encerró, fue a la casa y entró en la cocina. Luisa se había ido a la cama y la casa estaba silenciosa. Puso la mano sobre la cafetera para probarla y descolgó una taza, la llenó y salió al pasillo.

Entró en el despacho de su abuelo, fue hacia el escritorio, encendió la lámpara y se sentó en la vieja silla giratoria de roble. En el escritorio había un pequeño calendario de latón montado sobre eslabones que cambiaban las fechas cuando se ponía del revés. Aún marcaba el trece de septiembre. Un cenicero. Un pisapapeles de cristal. Un secante que decía Forrajes y Provisiones Palmer. La fotografía de graduación de segunda enseñanza de su madre en un pequeño marco de plata.

La habitación olía a rancio humo de cigarro. Se inclinó, apagó la lamparita de latón y permaneció sentado en la oscuridad. Por la ventana principal veía extenderse hacia el norte la pradera iluminada por las estrellas. Las cruces negras de los viejos postes telegráficos se acoplaban a través de las constelaciones que pasaban de este a oeste. Su abuelo decía que los comanches cortarían los cables y los empalmarían con crines de caballo. Se recostó y cruzó las botas sobre el escritorio. Relampagueó seco hacia el norte, a sesenta y cuatro kilómetros de distancia. El reloj dio las once en el salón del otro lado del vestíbulo.

Ella bajó la escalera, se paró en el umbral del despacho e hizo girar el interruptor de luz de la pared. Iba en bata y tenía los brazos cruzados, con los codos en las manos. Él la miró y volvió a mirar por la ventana.

¿Qué haces?, preguntó ella.

Estoy sentado.

Ella permaneció mucho rato allí, en bata. Luego dio media vuelta, fue al vestíbulo y subió de nuevo la escalera. Cuando la oyó cerrar su puerta él se levantó y apagó la luz.

Aún duraban los últimos días cálidos y por la tarde él y su padre se sentaban a veces en la habitación del hotel en los blancos muebles de mimbre con la ventana abierta y las tenues cortinas de ganchillo ondeaban hacia dentro de la estancia mientras tomaban café y su padre vertía un poco de whisky en su taza y sorbía y fumaba, mirando hacia la calle. Aparcados en la calle había coches patrulla de los campos petrolíferos que daban la impresión de haber estado en una zona de guerra.

Si tuvieras dinero, ¿la comprarías?, preguntó el muchacho.

Lo tuve y no la compré.

¿Te refieres a la paga atrasada del ejército?

No. Desde entonces.

¿Qué es lo máximo que has ganado nunca?

No hace falta que lo sepas. Aprender malas costumbres.

¿Qué tal si traigo el tablero de ajedrez alguna tarde?

No tengo paciencia para jugar.

Tienes paciencia para jugar al póquer.

Eso es diferente.

¿Qué diferencia hay?

El dinero es la diferencia.

Siguieron sentados.

Aún hay un montón de dinero en esos terrenos, dijo su padre. El número uno I C Clark que brotó el año pasado era un gran pozo.

Bebió un sorbo de café. Alargó la mano, cogió los cigarrillos de la mesa, encendió uno, miró al muchacho y volvió a bajar la vista hacia la calle. Al cabo de un rato dijo: Gané veintiséis mil dólares en veinticuatro horas de juego. Había cuatro mil dólares en la última puesta y éramos tres jugadores. Dos chicos de Houston. Gané la mano con tres reinas de la primera baza.

Se volvió y miró al muchacho. Éste estaba sentado con la taza a medio camino de la boca. Se volvió y miró de nuevo por la ventana. No me queda ni un céntimo de aquello, dijo.

¿Qué crees que debo hacer?

No creo que puedas hacer gran cosa.

¿Hablarás con ella?

No puedo hablarle.

Podrías hablar con ella.

La última conversación que tuvimos fue en San Diego, California, en mil novecientos cuarenta y dos. No es culpa suya. No soy el mismo de antes. Me gustaría pensar que sí, pero no lo soy.

Estás dentro. Metido dentro.

Su padre tosió. Bebió de la taza. Dentro, dijo.

Guardaron silencio mucho rato.

Está en una obra de teatro o algo así.

Sí, ya lo sé.

El muchacho recogió su sombrero del suelo y se lo puso sobre la rodilla. Será mejor que vuelva, dijo.

Sabes que apreciaba mucho a ese viejo, ¿verdad?

El muchacho miró por la ventana. Sí, contestó.

Ahora no empieces a llorar sobre mi hombro.

No lo hago.

Pues no lo hagas.

Nunca se daba por vencido, dijo el muchacho. Fue él quien me dijo que no lo hiciera. Dijo: No hagamos un funeral hasta que tengamos algo que enterrar, aunque sólo sea su placa de identificación. Ya hablaban de repartir tu ropa.

Su padre sonrió. Podían haberlo hecho, dijo. Lo único que me cabía eran las botas.

Siempre pensó que volveríais a juntaros. Sí, lo sé.

El muchacho se levantó y se puso el sombrero. Será mejor que regrese, dijo.

Solía pelearse por ella. Incluso de viejo. Si alguien decía algo de ella y él se enteraba. Ni siquiera era decoroso.

Será mejor que me vaya.

Bueno.

Levantó los pies del alféizar de la ventana. Bajaré contigo. Tengo que comprar el periódico.

Permanecieron en el vestíbulo embaldosado mientras su padre echaba una ojeada a los titulares.

¿Cómo puede divorciarse Shirley Temple?, dijo.

Alzó la vista. Incipiente crepúsculo invernal en las calles. Podría cortarme el pelo, añadió.

Miró al muchacho.

Sé cómo te sientes. Yo me siento igual.

El muchacho asintió. Su padre volvió a mirar el periódico y lo dobló.

La Biblia dice que los humildes heredarán la tierra y espero que sea verdad. No soy un librepensador, pero te diré una cosa. Estoy muy lejos de abrigar la convicción de que sea algo tan bueno.

Miró al muchacho. Se sacó la llave del bolsillo de la chaqueta y se la alargó.

Vuelve allí. En el armario hay algo que te pertenece.

El muchacho cogió la llave. ¿Qué es?, preguntó.

Sólo algo que compré para ti. Iba a dártelo por Navidad, pero me he cansado de tropezar con ello.

Sí, señor.

De todos modos parece que necesitas algo que te levante el ánimo. Deja la llave en la recepción cuando bajes.

Sí, señor.

Hasta la vista.

Muy bien.

Volvió a subir en el ascensor, enfiló el pasillo, metió la llave en la cerradura, entró, fue hacia el armario y lo abrió. En el suelo entre dos pares de botas y un montón de camisas sucias había una flamante silla Hamley Formfitter. La levantó por el arzón, cerró la puerta del armario, la llevó a la cama, la colocó encima y se quedó mirándola.

Por todos los diablos, dijo.

Dejó la llave en la recepción y salió balanceándose a la calle con la silla sobre el hombro.

Caminó por South Concho Street, se descolgó la silla y la puso delante de él en el suelo. Anocheceía y habían encendido las farolas. El primer vehículo que pasó fue una camioneta Ford modelo A que patinó un cuarto de vuelta, se detuvo por acción de sus frenos mecánicos y el conductor se asomó y bajó a medias la ventanilla para gritarle con voz de whisky: Tira esa vaina a la caja, vaquero, y sube aquí.

Sí, señor, dijo el muchacho.

Llovió durante toda la semana siguiente y aclaró. Entonces volvió a llover. Descargaba sin misericordia sobre las duras y llanas praderas. El agua cubría el puente de la autopista en Christoval y la carretera estaba cerrada. Inundaciones en San Antonio. Con el chubasquero de su abuelo cabalgó por